

# Alemania dos años después: entre la euforia y el realismo

Felipe Sahagún

**A** los dos años de la unión monetaria interalemana, la República Federal de Alemania busca una nueva identidad política, económica y militar para hacer frente a los desafíos y responsabilidades derivados de la anexión de la ex RDA, del fin de la guerra fría y de los cambios en Europa. La euforia duró poco y todavía no se afronta el reto de la unificación con el realismo necesario. La recesión económica internacional, las vacilaciones de muchos europeos en el debate de ratificación del Tratado de Maastricht y la incertidumbre sobre el futuro de la antigua URSS complican el ya enrevesado laberinto alemán.

El compromiso adquirido de equilibrar antes de fin de siglo el nivel de vida de los 16 *länder*, que forman la nueva Alemania unida y las presiones crecientes, internas y externas, a favor de una presencia internacional alemana más activa se ven limitados por el altísimo precio de la unificación, la carga –sobre todo cultural y psicológica– del pasado, fuertes ataduras constitucionales y el temor creciente de los dirigentes a reconocer las contradicciones inherentes al proceso.

Como en cualquier etapa de cambios bruscos, cuando el destino final es todavía incierto pero los sacrificios necesarios para llegar a él empiezan a dejarse sentir con toda su crudeza, la población reacciona con lo que, en el caso alemán, se ha dado en llamar *angst*: una mezcla de desesperación, frustración, malestar y desencanto. Es producto de la inseguridad, que puede estar justificada o, como mantienen muchos observadores de la realidad alemana de hoy, exagerada. En cualquier caso, sea real o ficticio, el miedo al futuro y a sus nuevas responsabilidades que se ha apoderado de buena parte de los alemanes se refleja en las huelgas de la primavera del 92, en los resultados de

---

**Felipe Sahagún** es profesor titular de Relaciones Internacionales en la Universidad Complutense (Madrid).

todas las elecciones parciales de los últimos meses, en el intenso debate nacional sobre posibles reformas políticas y constitucionales, y en la percepción del cambio alemán por los principales observadores internacionales.

“Fin del milagro”, escribe el semanario *Time*. “Kohl cuenta el precio de la rendición”, titula *The Sunday Times*. “Una nación insegura de su papel”, sentencia el *International Herald Tribune*. “Chaos’ in Germany”, leemos en la portada de *Newsweek* del 11 de mayo. “Kohl’s *Debterdämmerung*”, llamaba certeramente *The Economist* el 4 de abril a la crisis financiera alemana provocada por los costes de la unificación tres semanas antes de que los sindicatos de funcionarios iniciaran la huelga más importante desde la Segunda Guerra mundial.

Un análisis más reposado indica que el proclamado “fin del milagro alemán” puede ser prematuro, la “rendición” de Kohl puede ser más aparente que real, la “inseguridad” que hoy se cita como manifestación de debilidad puede resultar fuente de fortaleza y la *Debterdämmerung* es una concesión necesaria, pero pasajera, en aras de objetivos mucho más importantes. En cuanto al “caos”, todo depende del punto de comparación. Si aceptamos en llamar “caos” a los trastornos causados por los once días de huelga, tiene razón Yacine Le Forestier, de *France Presse* al describirlo como “un caos muy organizado”.

Las dudas sobre el éxito o fracaso de la unificación alemana pueden haber exagerado las dificultades del proceso y sus consecuencias en la unificación de la CE por coincidir con otros dos interrogantes que condicionan con igual o más fuerza la evolución de la economía internacional a corto plazo: el futuro de las reformas en Rusia y las causas y efectos de las fuertes caídas en los mercados de valores japoneses a comienzos del 92. En un mundo cada día más interdependiente, los tres imponderables han generado gran incertidumbre y han desatado toda clase de rumores en un momento crucial de construcción de un nuevo sistema de seguridad en un continente como el europeo, cada día más fragmentado.

La cuestión alemana, abierta tras la derrota de la Alemania nazi, se cerró entre 1989 y 1990 con una rapidez inusitada, que sorprendió a sus propios protagonistas. El canciller Helmut Kohl, después de haber apostado ante el Bundestag por una confederación por etapas el 28 de noviembre de 1989, se olvidó de su primer plan y forzó una unión acelerada en los meses siguientes con el firme respaldo y, en ocasiones cruciales, dirección de la Casa Blanca<sup>1</sup>. El apoyo expreso de los alemanes orientales a dicha unión en las legislativas de la RDA del 18 de marzo de 1990, despejó el principal obstáculo interno. El acuerdo Kohl-Gorbachov

del 16 de julio del mismo año en la URSS, por el que Moscú aceptaba la permanencia en la OTAN de la Alemania unida, despejó el principal obstáculo externo. Quince días antes, el 1 de julio, había entrado en vigor el Tratado de la Unión Económica y Monetaria entre las dos Alemanias y desaparecían los últimos controles en las fronteras entre los dos Estados.

El 3 de octubre, a las cero horas, la RDA dejaba de existir y se izaba la bandera de la RFA sobre el *Reichstag* de Berlín. Dos meses más tarde, el 2 de diciembre, Kohl entraba en los libros de historia como vencedor indiscutible en las primeras legislativas de la nueva Alemania unida. Con la promesa de no subir impuestos a los alemanes occidentales y la garantía de mejorar rápidamente el nivel de vida de los 17 millones de alemanes orientales, el Canciller logró para su Unión Cristianodemócrata 268 escaños. Sus aliados socialcristianos obtuvieron otros 51. La socialdemocracia de Osear Lafontaine se tuvo que conformar con 239. El resto se lo repartieron los liberales de Hans-Dietrich Genscher (79 escaños), los ex comunistas de la RDA (17 escaños) y la coalición Alianza 90-Verdes, también del Este, ocho escaños.

Todos los cálculos iniciales del precio de la unificación efectuados por Kohl se han quedado cortos. Sus promesas de no subir impuestos se demostraron rápidamente imposibles de cumplir. Aunque es difícilmente rebatible, sobre todo tras el fallido golpe en la URSS de agosto de 1991, el argumento de Genscher de que había que aprovechar la oportunidad, pues era “entonces o nunca”, y había que frenar en seco la avalancha de refugiados del Este (190.973 en el primer semestre de 1990), los principales críticos de la asimilación o anexión de la RDA por la República Federal ven en la angustia nacional de hoy y en la crisis de mediados de 1992 una confirmación de sus advertencias.

Junto a Osear Lafontaine, quien mejor resumió los peligros de la unificación rápida en 1990 fue Günter Grass. En su libro “Alemania: una unificación insensata” advertía hace año y medio que “los cuidados del otro Estado absorbido perderían por completo toda su dolorosa identidad, conquistada mediante una lucha sin precedentes”, y “su historia sucumbiría frente al sordo precepto de unidad”.

“Nada se habría ganado, excepción hecha de un poder pleno y en consecuencia alarmante, hipertrofiado por su apetencia paulatina de mayor poder”, añadía. “A pesar de todas las promesas solemnes, bienintencionadas si se quiere, los alemanes volveríamos a inspirar temor”<sup>2</sup>.

Para nadie es un secreto que el ex presidente del Bundesbank, Karl Otto Pöhl, por razones muy diferentes a las de Lafontaine y Grass, se opuso también a la unión económica y monetaria decidida por Kohl. En un

libro sobre el Bundesbank publicado en la primavera de 1992, Otto Pöhl, en una entrevista informal con el autor, critica abiertamente las dos decisiones económicas más importantes del canciller alemán –la unión monetaria con la ex RDA y la unión monetaria europea de Maastricht– por considerarlas muy perjudiciales para el equilibrio financiero y presupuestario de Alemania<sup>3</sup>.

Para Leslie Gelb, del *New York Times*, el compromiso de Kohl que hizo posible la unificación rápida en 1990 es “el mayor programa de asistencia social emprendido en la historia... Su equivalente estadounidense sería elevar al 20 por cien más pobre del país al nivel de vida de la clase media de aquí al año 2000”<sup>4</sup>.

En su informe anual de 1991, el Bundesbank asegura que, al año y medio de la unificación, se había iniciado la recuperación en la zona oriental, pero reconocía que la dependencia de la ex RDA de ayuda occidental se mantendría mucho más allá del tiempo inicialmente previsto. Según los cálculos del banco central, Alemania occidental tendría que transferir en 1992 unos 110.000 millones de dólares al Este, casi un 30 por cien más que en 1991. Si tenemos en cuenta que el producto interior bruto de Alemania oriental en 1992 puede alcanzar unos 130.000 millones de dólares, el dinero trasvasado desde la parte occidental representará casi el 80 por cien del PIB. En la campaña electoral de diciembre de 1990, Osear Lafontaine fue ridiculizado por los cristianodemócratas por insistir en que la unificación costaría unos 60.000 millones de dólares anuales. No habían transcurrido dos años y el coste real casi duplicaba la previsión más pesimista de Lafontaine.

Las ayudas a la reconstrucción de la ex RDA se canalizan desde tres fondos o agencias principales:

- la *Treuhandanstalt* o agencia de privatización de la industria estatal del Este, cuya deuda prevista puede superar los 130.000 millones de dólares en 1995; en 15 meses logró vender unas 6.000 (la mitad) empresas por unos 12.000 millones de dólares y arrancó el compromiso de los compradores de invertir otros 70.000 millones para salvar alrededor de un millón de puestos de trabajo,

- el Fondo de la Unidad Alemana, destinado a cubrir el déficit presupuestario de los *länder* orientales, cuya deuda prevista para 1995 es de 55.000 millones de dólares,

- el Fondo de la Deuda, que se responsabiliza de la deuda de la antigua Alemania oriental y cuyos números rojos a finales de 1993 pueden alcanzar los 50.000 millones de dólares<sup>5</sup>.

En las cantidades anteriores no se incluyen trasvases importantes no reflejados en el presupuesto federal, como los destinados a la reconstrucción

de carreteras, ferrocarriles, telecomunicaciones, descontaminación y correos, que probablemente superan, en cantidades globales, las ayudas de los tres fondos oficiales. El precio total de la unificación va a requerir este año un aumento del endeudamiento público en unos 110.000 millones de dólares, más del seis por cien del producto interior bruto de la RFA. El pago de los intereses de la deuda pública acumulada a consecuencia de la unificación será, aproximadamente el doble del presupuesto destinado a la defensa<sup>6</sup>. Nada de extraño que entre los militares alemanes, prácticamente todos occidentales, haya cundido también la alarma.

Sólo el precio de la descontaminación de las 777 bases que deben desalojar en la antigua RDA las Fuerzas Armadas soviéticas cuando terminen de retirarse en 1994 se calcula en unos 6.100 millones de dólares. Se trata, según el ministro alemán de Medio Ambiente, Klaus Toepfer, de 250.000 hectáreas, una extensión tan grande como el Estado Oeste-alemán del Sarre. A primeros de mayo de 1992 quedaban unos 200.000 soldados soviéticos de los 337.000 que había al firmarse el acuerdo de retirada en 1990. A los más de 15.000 millones de dólares ya pagados por Bonn a Moscú para realojar a estas fuerzas en la ex URSS el coronel-general Matvei Burlakov, jefe de las fuerzas de la CEI (Comunidad de Estados Independientes) en Alemania, quiere añadir ahora otros 6.400 millones de dólares. Es, según Burlakov, lo que valen las propiedades que dejan detrás. Helmut Kohl ha rechazado, como puro chantaje, las nuevas exigencias<sup>7</sup>.

A mediados de 1992, ya nadie duda de que la unificación va a exigir un desembolso de unos 100.000 millones de dólares anuales durante bastantes años hasta completar la reconstrucción de la economía de la ex RDA. En cuanto a la promesa de elevar el nivel de vida de los orientales hasta el nivel occidental en esta década, Ulrich Stiehler, economista principal del Nomura Research Institute de Francfort, lo considera imposible y se da por satisfecho si la antigua Alemania oriental logra autosuficiencia económica en el año 2000<sup>8</sup>.

El Consejo de Asesores Económicos del Gobierno, conocido como el "grupo de los cinco sabios" y de enorme prestigio por su probada independencia del poder político, anunciaba en febrero de este año que a los habitantes de Alemania oriental no se les debe engañar y admitía que, incluso si se consigue un crecimiento económico este año y en los años venideros del diez por cien en la ex RDA, como pronostica el canciller Kohl, la zona oriental del país seguirá sufriendo tasas muy elevadas de paro e ingresos inferiores a los de las regiones occidentales durante muchos años.

En enero de 1992 se calculaba en 1.340.000 la cifra oficial de parados en la ex RDA, un 17 por cien de la fuerza laboral. La cifra real era de más

del doble al incluir los destinados a programas de reciclaje y las jubilaciones anticipadas. En opinión de Ruediger Pohl, uno de los “cinco sabios” del país, el paro real en la antigua Alemania oriental se elevará a unos tres millones antes de fin de año<sup>9</sup>.

Para financiar los gastos de la unidad en 1991-92, el Gobierno de Helmut Kohl introdujo el 1 de julio de 1991 el llamado “recargo de la solidaridad”: un aumento del impuesto sobre los ingresos y sobre las empresas del 7,5 por cien, y subidas similares de los impuestos sobre el tabaco, el combustible y los seguros. Nadie duda de que, para seguir financiando la unidad, son inevitables nuevos aumentos de los impuestos, el mantenimiento de tipos de interés elevados, recortes en otras partidas y un mayor endeudamiento.

En dos años, entre 1989 –el año del derrumbamiento del muro de Berlín– y 1991, la deuda pública alemana creció un 25 por cien, pasando de 580.000 a 730.000 millones de dólares. Ante esta realidad, el ministro alemán de Finanzas, Theo Waigel, anunciaba a primeros de mayo las grandes líneas de un programa draconiano de austeridad hasta 1996 para reducir los gastos del Estado federal, mantener el control de la inflación por debajo del cuatro por cien a partir de 1993 y reducir el déficit presupuestario a unos 25.000 millones de dólares en 1993 (para 1992 se espera un déficit de 35.000 millones)<sup>10</sup>.

¿Cómo piensa lograrlo? Congelando el seguro de desempleo, suprimiendo la subvención anual de más de 3.000 millones de dólares que recibe la Oficina de Trabajo federal, limitando los aumentos de gastos anuales de las autoridades regionales y locales en la parte occidental a un tres por cien y en la parte oriental a un siete-ocho por cien, y renunciando o recortando sustancialmente los llamados “proyectos faraónicos”: Expo 2000 para Hannover, Olimpiada 2000 para Berlín, Avión de Combate Europeo, etcétera. Si se dan todas estas condiciones y se logra controlar las subidas salariales, “para Europa y para el mundo, Alemania debe convertirse en un modelo de estabilidad y de finanzas públicas sólidas” a pesar de sus enormes responsabilidades, opina Waigel.

Frente a los sobrios análisis de los economistas y de los banqueros, llaman la atención las reiteradas declaraciones de Waigel y del canciller Kohl, siempre más optimistas aunque poco concretas, y el eco positivo que su optimismo está encontrando en algunos de los empresarios más influyentes del país.

“En unos cinco años la estructura industrial del Este será más moderna que la del Oeste y en diez años el este y el oeste de Alemania habrán alcanzado el mismo nivel”, afirmaba a mediados de febrero el líder

empresarial Hans Peter Stihl en declaraciones al periódico *Express* recogidas por la agencia Reuter.

“La reunificación cuesta mucho, sí, pero empezará a dar dividendos mucho antes de lo previsto”, comentaba a mediados de mayo en declaraciones al semanario francés *Le Nouvel Observateur* el presidente de Volkswagen, Daniel Goeudevert. En relación con los dos problemas que en la primavera de 1992 habían venido a agravar la situación –las huelgas y el compromiso europeo– Goeudevert era igual de tajante: “Sí, los sindicatos (alemanes) son duros, pero responsables. Sí, Europa sigue siendo un problema, pero se resolverá”<sup>11</sup>.

Este optimismo, fundamental para mantener la estabilidad política dentro de Alemania, sin la cual difícilmente podrá avanzar la construcción de la CE y de un nuevo sistema de seguridad continental, depende de variables tan incontrolables como la superación rápida de la recesión internacional, aumentos moderados de los salarios, un incremento de la inversión nacional de un 4,5 a un 5,5 por cien entre un dos y un tres por cien en el Oeste y entre un 20 y un 25 por cien en el Este, un control mucho más estricto de las entradas de nuevos inmigrantes y el mantenimiento de una política monetaria y fiscal dura. Cualquier variación imprevista en una de estas variables podría dar al traste con todo el proceso o complicarlo seriamente.

Birgit Breuel, presidenta de la *Treuhandanstalt* o agencia de privatización de la industria de la ex RDA, ha mantenido el objetivo trazado por su antecesor y primer presidente, Detlev Rohwedder, antes de ser asesinado: privatizar a marchas forzadas y cerrar la tienda cuanto antes, a ser posible a finales de 1994. La desconfianza y el resentimiento de los dirigentes políticos y sindicales, y de los centenares de miles de personas que cada año irán engrosando las listas del paro en la antigua Alemania oriental han convertido en una amenaza para el conjunto del sistema. El asesinato de Rohwedder aún no se ha esclarecido.

El SPD (socialdemócratas) trata, lógicamente, de pescar en el río revuelto. Su dirigente, Björn Engholm, llegó a advertir el 12 de mayo que, si el Gobierno de Kohl continuaba con su política de unificación, pondría en peligro la supervivencia de la democracia en Alemania<sup>12</sup>. El hecho de que pocos días antes aceptara participar en negociaciones con los otros grandes partidos a partir del 27 de mayo indicaba que sus advertencias apocalípticas iban dirigidas a la galería.

De hecho, la mayor parte de los alemanes, según una encuesta de la cadena de televisión ZDF, publicada el 16 de mayo, se pronunciaba a favor de una gran coalición para hacer frente al reto de la unificación del país. La pérdida de votos en las últimas elecciones parciales de los dos

grandes partidos –cristianodemócratas y socialdemócratas–, el crecimiento constante de la extrema derecha y de los neonazis, y la necesidad de consenso entre las fuerzas principales para reformar la Constitución y asumir nuevas responsabilidades en la CE y en la ONU hacían casi inevitable algún tipo de acuerdo entre la gobernante DCU y el SPD.

Un anticipo de la “gran coalición” pudo ser el acuerdo de principio alcanzado el sábado, 9 de mayo, por los dos grandes partidos para gobernar en el Estado federal de Baden-Württemberg. El acuerdo debía ser ratificado, para su entrada en vigor, por la ejecutiva del SPD en una reunión convocada para el 23 de mayo. Hasta entonces sólo el Parlamento de Berlín estaba gobernado por una coalición SPD-DCU bajo dirección cristianodemócrata. Entre 1966 y 1969, socialdemócratas y cristianodemócratas ya gobernaron en coalición, de modo que no sería la primera vez si se concreta el pacto nacional para hacer más llevadero el precio de la unidad y frenar la fuerza creciente de la extrema derecha, que en Baden-Württemberg obtuvo el 5 de abril un 10,9 por cien de los votos.

Siempre por delante y muy por encima de los suyos, el ex canciller socialdemócrata Willy Brandt proponía el 27 de marzo, en declaraciones al diario *Express* de Colonia, el establecimiento de un consejo nacional para hacer frente a los grandes retos de la unificación. Era una forma de beneficiarse de los éxitos sin pagar el desgaste inevitable de la gobernación directa del país.

Hasta la noche del 17 al 18 de mayo, cuando el poderoso sindicato de la metalurgia IG Metall y la patronal del sector llegaron a un acuerdo *in extremis* hasta 1994 sobre subidas salariales, los socialdemócratas pudieron tener alguna esperanza en que la coalición en el poder se desmoronara por la presión huelguística y se viera obligada a convocar elecciones anticipadas. Tras el acuerdo, aunque el Gobierno y la patronal hayan cedido alrededor de un punto (hasta un seis por cien) más de lo que estaban dispuestos a ceder, parece salvado el modelo histórico de cooperación entre obreros y empresarios alemanes sin un coste excesivo para la economía nacional.

La coalición de centroderecha, aunque mermada de fuerzas tras la salida de Genscher y la reestructuración posterior, también logra mantenerse. Muchos consideran a Kohl seriamente tocado por las concesiones que ha tenido que hacer a los funcionarios públicos. Sin embargo, el hecho de haber resistido hasta el final y la ausencia de un programa alternativo viable desde la oposición hacen prever una lenta



recuperación de su partido en los 18 meses que aún faltan para las próximas elecciones.

El superávit récord de 2.980 millones de dólares alcanzado por Alemania en su comercio exterior en marzo de 1992 –más del doble que el mes anterior y casi el doble que en marzo de 1991– apunta ya al comienzo de la recuperación en Norteamérica y Europa occidental. En la reunión anual de la OCDE, celebrada en París el 19 de mayo, el ministro alemán de Economía, Juergen Moellemann, se felicitaba de los acuerdos salariales alemanes para 1992 y 1993 como “una buena tendencia” y “un retorno a la razón de los agentes sociales”<sup>13</sup>. Un acuerdo en el GATT antes de fin de año ayudaría a los países del Este y a la ex Unión Soviética a abrirse a nuevos mercados, sobre todo los alemanes, y facilitaría también la transición alemana.

Unos cuantos datos económicos positivos no van a hacer desaparecer como por encanto, sin embargo, el profundo malestar de la mayor parte de los alemanes por el papel que se ven obligados a jugar en la *Verteilungskampf* o batalla por la distribución de la tarta nacional. En 1991 los ingresos reales de los alemanes occidentales se redujeron un 0,4 por cien y en los próximos dos años se prevén nuevas reducciones anuales del 1,5-2 por cien. El trabajador medio alemán, por bien que vayan las cosas, posiblemente no recuperará su nivel de renta de 1990 hasta el año 1995. En el fondo, como reconocía a *Newsweek* Meinhard Miegel, director del Instituto de Economía y Sociedad de Bonn, “las huelgas reflejan más un problema psicológico que material”. Y añade: “Los trabajadores se rebelan contra la idea de producir más y ganar menos”<sup>14</sup>.

En los pasquines y pancartas de los huelguistas de abril y mayo se podían leer mensajes como: “Al diablo con la unidad. Queremos más dinero”, o “Si quieren unidad, que la paguen también los ricos”. Con razón o sin ella, ha ido cobrando fuerza la idea de que la “solidaridad” que exigen los dirigentes sólo perjudica a los trabajadores mientras las empresas siguen obteniendo pingües beneficios.

Este mensaje, fácilmente manipulable políticamente, se mezcla y confunde con otros dos: los orientales (*ossi*) no hacen más que quejarse y nos quitan los puestos de trabajo al aceptar salarios más bajos; echar dinero en el Este es tirarlo a un caldero sin fondo. Contemplado desde el otro lado del muro –ayer de hormigón hoy mental y económico–, los occidentales (*wessi*) están tan borrachos de bienestar y egoísmo que han perdido cualquier sentido moral.

En una encuesta realizada a comienzos de 1992 para el Gobierno de Bonn por los cuatro institutos de sondeos de opinión pública más prestigiosos de Alemania, casi el 90 por cien de los alemanes orientales

consideraban su situación buena o tolerable a pesar del aumento constante del número de parados.

El sociólogo Ralph Dahrendorf, nacido en Hamburgo, activo durante años en el partido liberal y hoy decano del colegio Saint Anthony de Oxford, en Gran Bretaña, resume el enfrentamiento moral de esta manera: “Hay algo podrido en el estado de Alemania. Los occidentales empiezan a ver que la vida no es sólo un juego en el que todos acaban ganando, se impacientan y esta impaciencia se vuelve contra los dirigentes”<sup>15</sup>.

Poco importan las ideologías y las banderas conservadoras, liberales o socialistas. Todos los partidos políticos tradicionales alemanes parecían a comienzos de 1992 haber perdido contacto con la opinión pública dominante. Kohl seguía batiendo récords de impopularidad por haber ignorado u ocultado el verdadero precio de su unificación rápida. Los liberales se fragmentaban en luchas internas por la sucesión de Genscher. Los socialdemócratas, en vez de beneficiarse del desastre gubernamental, seguían enfrentados en luchas fratricidas internas. Según las encuestas mensuales de *Der Spiegel*, los republicanos de ultraderecha eran los más beneficiados.

En las mismas encuestas, mes tras mes, queda claramente al descubierto la opinión masiva de los alemanes occidentales de que la principal amenaza para su seguridad es “la entrada de extranjeros”. El rechazo del emigrante y la demanda de restricciones estrictas en el derecho de asilo alemán son los principales atractivos que siguen aumentando el apoyo electoral a los partidos ultraderechistas y neonazis. Un 37 por cien de los mil votantes Oeste-alemanes consultados en abril en una encuesta del Instituto Emnid atribuía al “problema de los extranjeros” su apoyo o aceptación de las tendencias ultraderechistas<sup>16</sup>.

La respuesta de los políticos alemanes a esta presión creciente ha tenido diversos frentes:

1. Pacto de los cuatro grandes (DCU, USC, PL y SPD) sobre un proyecto de ley para acelerar y mejorar el proceso de estudio, selección y respuesta a las peticiones de asilo. De varios meses se reducirá a semanas el plazo máximo para el estudio de cada demanda. Se facilitarán, igualmente, los procedimientos de expulsión. La imagen de Alemania como país de asilo puede verse pronto sustituida por la imagen de docenas de “campamentos” o “refugios” donde los extranjeros serán reclusos antes de ser expulsados mientras se tramitan sus papeles cuando sus peticiones sean rechazadas<sup>17</sup>. Hasta Amnistía Internacional ha dado ya la voz de alarma contra estos planes.

2. Propuesta cristianodemócrata de reforma del artículo 16 de la Ley Fundamental de Bonn, que garantiza hasta ahora el derecho de asilo a

“todo perseguido por razones políticas”. Los otros partidos, incluidos los liberales, se oponen a dicha reforma.

3. Consenso de todos los grandes partidos, a pesar de sus numerosas diferencias de matiz en la cuestión, a favor de la entrada en vigor del Acuerdo de Schengen, por el que nueve de los doce países de la CE deben eliminar sus fronteras internas y armonizar sus legislaciones sobre inmigración antes de finales de 1993. De alguna manera, Schengen es otra forma de restringir la legislación interna de asilo sin pagar la correspondiente sanción política interna.

4. Facilidades a los extranjeros ya admitidos en Alemania y que han residido en el país desde hace años para que puedan convertirse en ciudadanos alemanes y disfrutar de la doble nacionalidad.

El problema principal de inmigración y asilo lo plantean los millones de descendientes de alemanes repartidos todavía por Rusia, Ucrania y varios países de Europa central y oriental, con derecho pleno, mientras no se reforme la Constitución, a emigrar a Alemania. Hasta ahora se ha puesto freno a la avalancha prometiendo ayuda económica si permanecen en sus lugares de origen, multiplicando el papeleo burocrático para su acogida (tienen que rellenar solicitudes de hasta 54 páginas) y no son aceptados sin recibir antes el correspondiente visado en las Embajadas alemanas. Los planes de regiones autónomas alemanas en la antigua URSS son ya como el río Guadiana, que aparecen y desaparecen de manera cíclica sin que, al parecer, se concreten en nada.

La oleada de atentados contra extranjeros y la rentabilidad electoral que la extrema derecha está sacando del problema ha obligado a gobiernos y parlamentos de la Federación y de los *länder* a sacudir sus reticencias, sobre todo entre los socialdemócratas, y adoptar medidas.

Las estadísticas oficiales hablan por sí solas: en el primer trimestre de 1992 se perpetraron en Alemania unos 600 atentados racistas, un aumento del 400 por cien respecto al mismo período de 1991. Un 80 por cien de los agresores tiene menos de veinte años y uno de cada cuatro está en el paro, según un informe de la policía que achaca esta violencia a la “xenofobia difusa” que se vive en Alemania.<sup>18</sup>

“Como bajo la República de Weimar (en los años veinte y treinta), sufrimos una violencia creciente entre militares de extrema derecha y de extrema izquierda”, advierte el jefe de los Servicios Secretos alemanes, Eckhart Werthebach, en declaraciones al diario *Bild Zeitung*<sup>19</sup>.

Dos fuentes permanentes de fricción entre los *ossi* y los *wessi* son la crisis de vivienda creada en el país por la entrada masiva de emigrantes (400.000 en 1990, 250.000 en 1991, casi dos millones desde 1988) y la

caza de brujas desatada en los últimos meses contra todo colaboracionista del antiguo régimen de la RDA.

Sólo en la parte occidental se calcula que hoy viven en la calle unos 130.000 parados. “Sin domicilio fijo” hay, en opinión de la Asociación para Compartir la Prosperidad, unos 730.000 en toda Alemania. El problema se agrava porque día tras día los periódicos y las emisoras golpean las conciencias de sus lectores y oyentes o espectadores con informaciones nuevas sobre los 2.700.000 apartamentos vacíos que tiene el Estado en la ex RDA. Su deterioro, inseguridad, precios especulativos de mercado negro y, sobre todo, las reclamaciones presentadas por más de un millón de propietarios expropiados por el régimen comunista explican que sigan vacíos mientras la Asociación Nacional de Inquilinos alemana se lamenta de que faltan unos tres millones de viviendas en todo el país, la mitad de ellas en los *länder* occidentales<sup>20</sup>.

El problema no acaba ahí. Sólo en Brandenburgo, el extenso Estado que rodea Berlín, hay unas 350.000 viviendas, el 40 por cien de todas las del Estado, habitadas por alemanes orientales sin ninguna garantía de poder seguir en ellas cuando el laberíntico proceso de reclamaciones judiciales de los antiguos propietarios toque a su fin<sup>21</sup>. La inseguridad sobre la propiedad definitiva de fincas, casas y fábricas en la ex RDA ha sido desde el día de la unificación una de las causas más graves de malestar y de conflictos.

Otro fantasma del pasado, tan difícil de enterrar como los derechos de propiedad privada, es el colaboracionismo con el régimen comunista que el 7 de octubre de 1989 celebraba sus cuarenta años en la RDA y diez días más tardé, con la sustitución de Erich Honecker por Egon Krenz empezaba a desmoronarse como un castillo de naipes.

La reconciliación con el pasado se ha convertido en una experiencia tan traumática para todos los alemanes, sobre todo los del Este, que se han inventado una sombría e interminable palabra para describirla: *Vergangenheitsbewältigung*. La traducción literal sería “superando el pasado”.

“La cuestión no está en saber quién fue virgen y quién se prostituyó”, declara Rainer Eppelmann, durante mucho tiempo disidente pacifista y en los últimos días de la RDA su ministro de Defensa. “[En la ex RDA] todos nos prostituimos. La cuestión está en saber cuántas veces lo hizo cada uno”<sup>22</sup>.

El ex primer ministro Este-alemán, Lothar de Maiziere, se vio forzado a abandonar la política en 1991 al no poder rebatir que espió a la Iglesia durante años para la *Stasi*. El 24 de enero de este año dimitía el primer ministro de Turingia, Josef Duchac, tras ser acusado públicamente de

haber colaborado con el régimen comunista. En vez de defenderlo a capa y espada, sus “amigos” cristianodemócratas de Bonn se apresuraron a buscar un “Mister Limpio” occidental inmune a acusaciones de colaboracionismo. La caza de brujas no ha cesado y está dejando una sombra de odios acumulados a uno y otro lado de la antigua frontera interalemana. El 28 de enero le llegaba el turno al rector de la Universidad Humboldt de Berlín, Heinrich Fink, por el mismo delito: haber colaborado con la *Stasi*. Algunos, como el diputado comunista Gerhard Riege, prefirió ahorcarse a vivir el resto de sus días pagando el pecado de haber hecho lo que prácticamente todos se vieron obligados a hacer para sobrevivir bajo el régimen anterior.

Desde que se abrieron al público los archivos de los Servicios Secretos de la ex RDA en enero de este año, los medios informativos alemanes se han llenado de historias sobre espías reales o supuestos. La frontera entre la verdad y la imaginación es muy difusa. El daño moral que se está causando a millares de personas al utilizarse su pasado como arma arrojadiza con intereses muchas veces oscuros agrava el trauma psíquico causado por los desequilibrios económicos, el miedo al futuro y las expectativas frustradas, y agiganta el muro invisible que ha sustituido al muro de Berlín.

Uno de los dirigentes más populares y carismáticos de los *länder* orientales, Manfred Stolpe, primer ministro de Brandenburgo, ha llegado a escribir en la revista *Der Spiegel* que mantuvo unos mil encuentros con agentes de la *Stasi* durante sus 27 años como abogado de la iglesia protestante Este-alemana. En el mismo artículo ha negado rotundamente haber sido un informador y ha mantenido que en todo momento defendió en nombre de la Iglesia la libertad religiosa y los derechos humanos. Que fuera cierto o no importa poco a sus adversarios políticos. La Unión Social-cristiana bávara, aliada de Kohl en el Gobierno federal, se apresuró a pedir su cabeza, que, de haber rodado, habría sido la última de un oriental alemán al frente de uno de los *länder*, pues todos los demás han ido pasando a manos de alemanes occidentales.

Afortunadamente para Stolpe y para Alemania, su partido –el SPD– le ha respaldado firmemente y hasta el obispo protestante de Berlín y Brandenburgo, Genter Krusche, ha salido en su defensa. “Quienes han pasado todos estos años turbulentos sentados en bonitos despachos de Bonn deberían cerrar la boca ahora”, ha advertido el obispo.<sup>23</sup>

La campaña ha llegado a tal extremo de virulencia que muchos alemanes orientales, incluidos los rivales y probables beneficiarios de los acusados, empiezan a sospechar que existen intereses oscuros entre los alemanes occidentales para desacreditar a cualquier dirigente de la ex

RDA que destaque. En honor de la verdad hay que reconocer que entre los más despiadados buscadores de colaboracionistas están ex disidentes de la RDA como Baerbel Bohley. “¿Por qué nadie investiga el pasado de muchos políticos Oeste-alemanes que colaboraron y llegaron a acuerdos históricos con los comunistas orientales?”, se pregunta el jefe de la oposición de Brandenburgo, cristianodemócrata pero en este punto aliado firme de Stolpe<sup>24</sup>.

A diferencia de Polonia, Checoslovaquia o Hungría, Alemania, gracias a la unificación, se ha podido permitir el lujo de afrontar abiertamente su pasado. Teóricamente, el objetivo es acabar con los últimos vestigios del comunismo. En la práctica, la autoflagelación está resultando mucho más difícil y contraproducente. Los tribunales alemanes se han atrevido a juzgar a cuatro guardias de fronteras de la ex RDA por matar a un joven cuando intentaba huir a Occidente. Las autoridades de Bonn siguen empeñadas en sentar en el banquillo de los acusados al ex dirigente Erich Honecker en cuanto salga de la Embajada chilena en Moscú, donde ha recibido santuario. Los jueces de Karlsruhe no saben qué hacer con el ex jefe del espionaje exterior Este alemán, Marcus Wolf. Como casi siempre, los peces pequeños son más fáciles de pescar que los más grandes, aunque ha habido excepciones.

En un clima tan enrarecido nada tiene de extraño la intensa polémica levantada por las acusaciones, suspensión y posterior absolución, el pasado 5 de abril, por un juez de la Federación Alemana, de tres de las mejores atletas del país: Katrin Krabbe, Silke Moeller y Grit Breuer. Las tres habían sido acusadas de dopaje. Lo que en otras circunstancias no habría pasado de un escándalo deportivo más, rápidamente se politizó, con los alemanes occidentales convencidos de la culpabilidad de las acusadas y los orientales seguros de ver en todo ello otro complot de los occidentales para cargarse lo más presentable del anterior régimen comunista<sup>25</sup>.

¿Asistimos a una renacionalización de la política alemana? ¿Coincide con un proceso imparable de renacionalización de la política europea al ampliarse las principales organizaciones supranacionales continentales y perder todas ellas cohesión interna? ¿Ha empezado la *Bundeswehr* a romper su imagen de Ejército inútil y neutralizado? ¿Tienen razón quienes ven en la actuación de Alemania en Yugoslavia el principio de una diplomacia unilateral alemana? ¿Cuánto falta para que los dirigentes alemanes soliciten la retirada de los últimos soldados occidentales de su territorio? ¿Los dos años y medio que quedan para la retirada definitiva de los rusos? El *Bundestag* y la evolución de Rusia decidirán, posiblemente, por todos nosotros.

¿Existe el riesgo de que los crecientes brotes racistas y xenófobos que se viven en Alemania acaben transformando la política internacionalista alemana de la posguerra en un nuevo nacionalismo más parecido al bismarkiano que al recogido en los prólogos de los Tratados de Washington, Roma y Maastricht? ¿Cómo puede y debe verse ya la decisión de trasladar la capital federal a Berlín? ¿Qué lectura conviene hacer de las exigencias planteadas por los 16 *länder* alemanes al Gobierno de Bonn de bloquear el Tratado de Unión Europea si no se preservan sus derechos?

La caída del muro de Berlín acabó con muchos mitos: el de la fortaleza y amenaza comunista, el de la excepcionalidad de Alemania oriental dentro del bloque del Este, el de una Alemania convertida en gigante económico pero condenada, de hecho y de derecho, a seguir siendo un enano político. Como todos los mitos, estos también tenían pedestales débiles, pero el vacío que han dejado lo han venido a ocupar nuevos mitos, tan peligrosos o más que los anteriores.

El más repetido es, sin duda, el de una Alemania todopoderosa, dotada de poderes y recursos casi sobrenaturales, dispuesta a ejercer esos poderes, influencia indiscutible en Europa central y oriental, y cada día menos dispuesta a aceptar límites de aliados o adversarios a su nuevo margen de maniobra. El nuevo mito, visto desde la perspectiva de la mayor parte de los alemanes, dirigentes y dirigidos, es una entelequia tan absurda como el libro “*Über Alles*” de Robert Harris, que, por cierto, ha sido censurado por las autoridades alemanas.

Los fantasmas del pasado, los costes de la unificación, la división interna y la necesidad que Alemania tiene de sus principales socios occidentales y de Japón para la reconstrucción del Este y de la ex URSS, y para la estabilidad del continente explican las escasas raíces que el nuevo mito tiene dentro de Alemania. Gracias a una huelga y una minicrisis de Gobierno en Bonn, del milagro y de la nueva amenaza se ha pasado a hablar del “caos” y de “los pies de barro del coloso” sin pausa ni demasiada reflexión.

La verdadera Alemania no es caótica ni milagrosa. No es amenazadora, pero tampoco tan pasiva como algunos todavía quisieran. La crisis de crecimiento por la que hoy atraviesa demuestra sus limitaciones a corto y medio plazo, pero también su indiscutible transformación, que viene de décadas –no empezó en 1989–, en una de las potencias principales, si no la principal, de Europa. “Afortunadamente –como escribe Christoph Bertram–, hay sobradas razones para confiar en que el país sabrá ejercer sus responsabilidades de forma constructiva, aunque su clase política aún no esté bien preparada para ello”<sup>2(i)</sup>.

El 14 de mayo el ministro alemán de Defensa, Volker Ruehe, anunciaba en Bonn que su país empezaría en julio a organizar con Francia el controvertido cuerpo militar con el que se pretende consolidar el proyecto de defensa europea sin debilitar la Alianza Atlántica. El 21 de mayo, Helmut Kohl y François Mitterrand firmaban el tratado de creación de la fuerza, que estará formada por unos 35.000 hombres, en la "cumbre" de La Rochelle. Debería estar desplegada antes de 1995.

Tras las críticas recibidas por su negativa a participar con fuerzas de combate en la coalición antiiraquí, a nadie le pueden sorprender las palabras del inspector general de la *Bundeswehr*, Klaus Naumann, cuando clausuraba la reunión anual en Leipzig de los generales alemanes con el compromiso de "forjar una nueva imagen de soldado, para lo que el empleo de la violencia y el peligro de la muerte deben dejar de considerarse cuestiones tabú"<sup>27</sup>.

Para un espectador desinformado o un nuevo Rip van Winkle que se hubiera quedado dormido hace cincuenta años y despertara hoy, las palabras de Naumann podían insuflar nueva vida a las leyendas más negras del pasado alemán. Para quien comprenda la profunda crisis de identidad que sufre hoy la *Bundeswehr*, privada de su enemigo histórico principal y obligada por el tratado "2+4" a reducir sus fuerzas de 520.000 hombres que tiene actualmente a 370.000 a finales de 1994, el verdadero peligro no es la remilitarización sino todo lo contrario. La mayor parte de los alemanes, aturridos aún por el ultramilitarismo de otros tiempos, se preguntan para qué sirven sus Fuerzas Armadas. El número de objetores se ha disparado.

Ante la oleada de críticas recibidas a finales de 1991 por los altos tipos de interés y el activismo unilateral demostrado ante la crisis yugoslava, toda la clase política alemana se ha movilizado. En su discurso a los diplomáticos extranjeros a primeros de año, el presidente Richard von Weizsäcker, aseguraba que la Alemania unida no tiene la menor intención de imponer su peso al resto de Europa y tan solo desea "compartir responsabilidades en el marco de las alianzas probadas"<sup>28</sup>.

Sobran pruebas de que el comportamiento alemán se corresponde a esa intencionalidad. ¿Qué otro país ha puesto a docenas de empresarios en el banquillo por exportar armas o tecnología militar a Irak? ¿Qué otro país ha arriesgado una crisis con un aliado de la OTAN como Turquía por defender que los vehículos militares exportados no se utilicen contra los kurdos? ¿Qué país occidental ha resistido más al chantaje de los terroristas del Líbano, aunque por ello haya pagado el precio de ver a dos de sus ciudadanos en el cautiverio libanés cuando todos los demás occidentales han recuperado ya la libertad?



En sus intervenciones en las Naciones Unidas durante el viaje efectuado a EE.UU. en mayo de este año, el canciller Helmut Kohl reconoció el problema de los últimos rebrotes racistas. “Los psiquiatras dicen que el cuatro por cien de la población (alemana) necesita recibir realmente tratamiento psiquiátrico”, dijo. “Puede que en esa cifra se incluyan ellos mismos”. Y añadió: “Creo sinceramente que recordamos profundamente lo que sucedió, recordamos lo que significó realmente el nacionalismo para Alemania y para otros países”.

Sobre el peligro supuesto o real de la renacionalización política alemana fue aún más tajante: “No hay ningún peligro, ni el menor rasgo de peligro”. Se mostró mucho más preocupado por la autoflagelación y la incapacidad de muchos alemanes para disfrutar de la reunificación en vez de insistir y amargarse tanto en sus dificultades: “los alemanes tienen talento, pero no el de regocijarse. Y en esto les ganan los franceses y los italianos (podía haber añadido los españoles). Prefieren los espacios sombríos y matar el tiempo pensando en lo que puede ocurrir, en los problemas que pueden surgir”<sup>29</sup>.

En cuanto a su influencia creciente en el Este, la tensión interaliada no viene motivada por el excesivo empuje de Alemania sino por la pasividad y escasa participación de los demás, sobre todo de estadounidenses y japoneses. Hasta el punto de que, en su viaje a las Naciones Unidas, Kohl arremetió directamente contra Japón por su negativa a ayudar más activamente a Rusia y a las nuevas democracias Este-europeas. Ningún otro país vio antes la oportunidad abierta por la *perestroika* para la democratización y transformación de estos países. Ningún otro país ha ayudado tanto hasta ahora para que esa transformación no se marchite en sus primeros años de vida: 45.000 millones de dólares a la ex URSS y 65.000 millones a los países del centro, este y sureste de Europa. Ha llegado al límite de su capacidad, sus necesidades internas se han multiplicado y necesita que los aliados se comprometan más. Alemania ha reconocido las fronteras polacas y, en el Tratado de Amistad firmado en febrero con Checoslovaquia, ha ignorado las aspiraciones de los sudetes. Es un delicado equilibrio en la cuerda floja el que se ve obligado a hacer el Gobierno de Bonn –y el que le suceda– para no provocar a los vecinos sin perder la cara frente a muchos de sus electores.

La batalla política por la reforma constitucional que permita el envío de tropas alemanas en misiones de paz de la ONU está madurando. Kohl está decidido a defender esa reforma en su programa electoral de 1994 o antes si se adelantan las elecciones. El SPD se opone tanto a la reforma constitucional como al cuerpo del Ejército franco-alemán, en el que ve

ribetes anticonstitucionales, pero todo parece indicar que Kohl acabará saliéndose con la suya.

La unión europea divide a los alemanes, igual que a casi todos los demás socios de la CE. El propio canciller reitera, sobre todo cuando habla a sus huestes cristianodemócratas dentro de casa, que jamás sacrificará el marco a la ideología. Pero a la hora de la verdad, ante los demás jefes de Estado y de Gobierno de la CE, los dirigentes alemanes no vacilan en apostar por una profundización y ampliación rápidas de la Comunidad y un reconocimiento de las responsabilidades de la nueva Alemania unida dentro de ella. La utilización del alemán, junto al francés y el inglés, como una de las lenguas de trabajo ha sido la primera exigencia concreta. Su población y PIB tendrán que reflejarse también en la reforma institucional pendiente, como habrán de reflejarse en la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU prevista para 1995 con motivo del cincuenta aniversario de su fundación.

La despedida de Hans-Dietrich Genscher del ministerio alemán de Exteriores que pilotó durante 18 años, efectiva desde el 17 de mayo, ha sido una ocasión propicia para que tirios y troyanos, empezando por el propio Genscher, despejen dudas y aclaren posiciones sobre el futuro de Europa. *Le Monde*, *Herald Tribune*, *Financial Times* y *The European*, por citar sólo algunos de los principales altavoces de la opinión informada del continente, recogieron el mensaje del diplomático más longevo que ha dado el mundo en las últimas décadas después de Gromiko. La despedida de Genscher contiene una advertencia y varios deseos.

La advertencia no puede ser más oportuna: "El sistema antagónico de valores opuestos que dividió el pensamiento y la acción europeos durante más de cuarenta años ha tocado a su fin. Esto ha provocado en algunos occidentales una pérdida de su sentido de la dirección. El retorno al viejo pensamiento hegemónico resulta a algunos más fácil que la creación de una política dinámica de responsabilidad fundada en un orden europeo pacífico".

Sus deseos están dirigidos al reforzamiento de una Europa del año 2000 asentada sobre el doble pilar de la ampliación y la profundización. Se trata, más bien, de cinco propuestas de acción para los consejos europeos, empezando por el de junio en Lisboa:

1. Comenzar en 1993 las negociaciones de adhesión con los países de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) y admitirlos en la CE conjuntamente y de la forma más uniforme posible para 1995.

2. Aclarar antes de finales de 1992 los ajustes institucionales necesarios en la Unión Europea y que, si ya eran necesarios, requieren una respuesta urgente ante las nuevas ampliaciones.

3. Asegurar y preparar las condiciones económicas para la entrada en la CE de Polonia, Checoslovaquia y Hungría como paso siguiente.

4. Desarrollar la base institucional de la CE en la conferencia prevista para 1996. Esto incluye la adopción de una política exterior y de seguridad común, pensando en una defensa común y en la extensión de los poderes del Parlamento Europeo.

5. Los otros Estados en proceso de reforma de Europa central y sur-oriental deben ser acercados gradualmente a la adhesión mediante la asociación. Hay que convertir a las repúblicas ex soviéticas en socios próximos (*close partners*) de la Unión Europea en los nuevos acuerdos que debe negociar con ellos la CE<sup>30</sup>.

La huida por el sendero nacionalista en busca de salvaciones falsas o imposibles tanto en el este como en el oeste del continente si no se avanza por caminos como los señalados por Genscher es el peligro más importante que afronta hoy Europa, comenzando por la nueva Alemania unida. A mediados de 1992, cuando se cumplen dos años de la entrada en vigor de la unión económica y monetaria alemana, todos –alemanes y no alemanes– piden demasiado y parecen dispuestos a dar demasiado poco. Como dice Leslie Gelb en el *New York Times*, “ser el padre y la novia al mismo tiempo en cada boda, pagar y encima dar el espectáculo, representa una carga excesiva para la sociedad alemana”<sup>31</sup>.

No se puede reconocer la inevitabilidad de reducir la inmigración y ver “reflejos nazis” en el primer intento de hacerlo. No se puede exigir el dinero alemán y negar o rasgarse las vestiduras por el poder que el dinero siempre aporta. Es injusto acusar a los alemanes orientales de ser continuadores del nazismo bajo el comunismo y no estar a la altura de las circunstancias cuando los efectos de cuarenta años de comunismo salen a la luz. Hay que parar la caza de brujas cuanto antes y cortar las alas de los cazadores. El cambio uno a uno del marco oriental fue un error económico, aunque a corto plazo diera buenos frutos políticos. Hay que decir la verdad, una y mil veces, aunque cueste votos.

## Notas

<sup>1</sup> El texto completo del plan Kohl del 28 de noviembre de 1989 puede verse en la biografía del canciller escrita por Werner Maser, Helmut Kohl, “El reunificador”, con prólogo de Francisco Fernández Ordóñez. Espasa-Calpe. Madrid 1991. Págs. 379-386.

<sup>2</sup> Editado por *El País-Aguilar*. Madrid 1990. Pág. 11.

<sup>3</sup> Fisher, Andrew. *Pöhl accuses Bonn of Risking D-Mark*. *Financial Times*. 15 de mayo de 1992. Pág. 2.

<sup>4</sup> Gelb, Leslie. *The Devils they know, and others*. *International Herald Tribune*. 16-17 de mayo de 1992. Pág. 4.

<sup>5</sup> *The Economist*. 4 de abril de 1992. Pág. 31.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Bonn says big ecological damage on ex-Soviet bases*. Crónica de Reuter transmitida desde Ohrdruf, Alemania, el 6 de mayo de 1992 a las 16,32 horas gmt.

<sup>8</sup> Calhoun, Greg. *Germán Bundesbank says unity costs high and rising*. Reuter. Crónica transmitida el 12 de febrero de 1992 desde Frankfurt a las 15,09 horas gmt.

<sup>9</sup> Murphy, Richard. *Economists dampen hopes of early East German recovery*. Reuter. Crónica transmitida el 12 de febrero de 1992 desde Bonn a las 17,27 horas gmt.

<sup>10</sup> *France Presse*. Crónica transmitida desde Bonn el 5 de mayo de 1992 a las 17,45 horas gmt.

<sup>11</sup> Declaraciones a *Le Nouvel Observateur*. 14-20 de mayo de 1992. Pág. 17.

<sup>12</sup> Peel, Quentin. *SPD warns of threat to democracy*. FT. 13 de mayo de 1992. Pág. 2.

<sup>13</sup> *France Presse*. Crónica desde París transmitida el 19 de mayo de 1992 a las 8,56 horas gmt.

<sup>14</sup> Breslau, Karen. *Helio, Hard Times*. *Newsweek*. 11 de mayo de 1992. Pág. 27.

<sup>15</sup> Heneghan, Tom. *Union revolt is latest protest of frustrated Germans*. Reuter. Crónica desde Bonn transmitida el 14 de mayo de 1992 a las 16,36 horas gmt.

<sup>16</sup> Reuter. Crónica transmitida desde Bonn el 25 de abril de 1992 a las 13,32 horas gmt.

<sup>17</sup> *France Presse*. Crónica transmitida desde Bonn el 8 de enero de 1992 a las 18,14 horas gmt.

<sup>18</sup> Le Forestier, Yacine. *La vague de violences xénophobes de plus belle*. *France Presse*. Crónica transmitida desde Berlín el 12 de mayo de 1992 a las 11,06 horas gmt.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> Beaudufe, Christophe. *La crisis du logement affecte de plus en plus le niveau de vie des Allemands*. *France Presse*. Crónica transmitida desde Bonn el 23 de febrero de 1992 a las 6,59 horas gmt.

<sup>21</sup> Heinrich, Mark. *East, West Germans fight for homes diteded under communism*. Reuter. Crónica transmitida desde Kleinmachnow, Alemania, el 22 de abril de 1992, a las 2,13 horas gmt.

<sup>22</sup> Heneghan, Tom. *Kohl's Party struggles to deal with Eastern members' past*. Reuter. Crónica transmitida desde Dresde, Alemania, el 18 de diciembre de 1991, a las 10 horas gmt.

<sup>23</sup> *France Presse*. Crónica transmitida desde Berlín el 20 de enero de 1992 a las 17,14 horas gmt. Ver también crónica de Tom Heneghan transmitida por Reuter desde Bonn el 20 de enero de 1992 a las 13,19 horas gmt.

<sup>24</sup> Heneghan, Tom. *Stasi uproar overlooks complexity of East Germany's past*. Reuter. Crónica transmitida desde Bonn el 29 de enero de 1992 a las 14,43 horas gmt. Ver también el artículo *Laying the ghosts of a gruesome era*, publicado en el semanario *The European* del 10-12 de enero de 1992. Pág.8.

<sup>25</sup> Lopez-Arteta, Susana: "La absolución de Krabbe reabre en Alemania la polémica...". *El Mundo*. 7 de abril de 1992. Pág. 53.

<sup>26</sup> Bertram, Christoph. *Germany, the reluctant superpower*. *The European*. 10-12 de enero de 1992. Pág. 8.

<sup>27</sup> Le Forestier, Yacine. *L'Armée allemande veut devenir plus combattive*. *France Presse*. Crónica desde Leipzig transmitida el 14 de mayo de 1992 a las 14,35 horas gmt.

<sup>28</sup> Reuter. Crónica desde Bonn transmitida el 8 de enero de 1992 a las 7,23 horas gmt.

<sup>29</sup> Reuter. Crónica desde las Naciones Unidas en Nueva York transmitida el 5 de mayo a las 22,42 horas gmt.

<sup>30</sup> Genscher, Hans-Dietrich. *A spirit of solidarity*. *Financial Times*. 16-17 de mayo de 1992. Pág. 9.

<sup>31</sup> Gelb, Leslie. *Germany: Outsiders and Germans Themselves ask too much*, *International Herald Tribune*. 12 de mayo de 1992. Pág. 6.